

por su práctico amigo y convecino Severino López, para corresponder bien al encargo recibido del ingeniero Sr. de Arce, ha ordenado tres batidas de rebezos con tal acierto, que ni cumbre, ni cañada, ni precipicio, ni picacho, de cuantos desde Cabrales, Covadonga y Valdeón forman eslabones de la cordillera, yendo á unirse por tres lados, oriente, norte y ocaso, á las terribles escabrosidades del alto de *Peña Vieja*, quedará libre del ojeo. Es verdaderamente un plan de campaña tan perfecto, que, si en vez de ágiles pero pacíficos rebezos hubiera que batir ejércitos de enemigos, no podrían, por muchos que fueran, pasar por aquellos sitios. Conozco éstos, he visto el plan trazado por Moradiellos; y si algún día hubiera necesidad de renovar allí la lucha que hubo al principiar el siglo VIII, contra enemigos de nuestro Rey y de la felicidad de nuestra patria, creo que el triunfo de los leales sería segurísimo con sólo apostar la gente en los mismos puntos y en igual número de personas que Moradiellos ha ordenado para el ojeo de rebezos. Ha sido el plan remitido á Comillas por si el Rey tenía que ordenar alguna reforma, y se ha dignado manifestar que aprueba lo dispuesto.

ALTURAS DE ÁNDARA, 11 de agosto.

Tuve ayer la satisfacción de conocer personalmente, y hablar durante un rato, al afamado cazador de rebezos Juan de Moradiellos, quien, con otro cazador notable llamado Severino López, ha organizado, como hace pocos días dije á V., el grandioso *plan de ojeo* para la magna y regia cacería que tendrá lugar en las alturas del puerto de Áliva.

Moradiellos, atento, comedido, reposado en el hablar, pero de fácil y correcta expresión, tiene simpática fisonomía, que desde luego revela perspicacia grande. Díjele que andaba ya su nombre en libros por esos mundos de Dios; y aunque la noticia pareció agrada-le, no hizo muchas ni muy vivas demostraciones de curiosidad por saber detalles. Abrí mi libro titulado *Recuerdos de Liébana*, recientemente publicado en Madrid; leí las páginas en que, á propósito de la venida del Rey á estas montañas en Setiembre del año anterior, refiero la discreta y sagaz contestación de Moradiellos á S. M., cuando le preguntó qué fieras temía más, é inserto las cartas que el cazador escribió después á Don Alfonso XII y á un alto dignatario de Palacio, cuando recibió la magnífica escopeta que tuvo

la bondad de enviarle, como recuerdo afectuoso, el benévolo Monarca; y verdaderamente complacido, pero sin muestras exteriores de grande alegría, el cazador Moradiellos, capaz en lo cauto de dar, como se suele decir, quince y raya al más pintado, me dijo estas palabras: — Está bien: asimismo pasó: tal como dice el libro hablé yo al Rey.—Estas pocas frases fueron para mí satisfactorias, puesto que demuestran de un modo bien terminante que hay verdad en la narración hecha en mi citado libro *Recuerdos de Liébana*.

Después de esto, el cazador Moradiellos dió, estando yo presente, á mi distinguido y apreciable amigo Sr. de Arce, ingeniero director facultativo de las minas, explicaciones detalladas de cómo intenta realizar su *plan de ojeo* en la extensa y difícilísima región en que se propone hacerlo, y los medios y artes de que se valdra para reunir el extraordinario sorprendente número de quinientos rebezos en un punto de las Peñas, en que el Rey pueda verlos y disparar contra ellos algún tiro. ¡Quinientos rebezos! es decir, ¡pocos menos de los que se calcula que hay en los centenares de montañas de los picos de Europa! ¡Quinientos rebezos, que jamás, es bien seguro, se habrán visto reunidos en ninguna cacería, ni en España, ni en ninguna otra nación de Europa, como no haya sido en un terreno cerrado para criadero de los indómitos y ágiles antílopes! Una centena de ellos, en estas montuosas regiones, donde es trabajosísimo y peligroso andar por las desigualdades peñascosas de los picos, creo yo que es número muy grande de rebezos para reunidos en una cacería por los ojeadores. Pero Moradiellos afirmó que su *plan de ojeo* llevará al cazadero real en Áliva rebaño tan grande de aquellas salvajes reses, que acaso haya necesidad de hacerlas andar á palos, como si fueran domesticadas cabras.

Respecto á las costumbres de los antílopes en tales ocasiones, y respecto á muy curiosos incidentes que habrá en la cacería de Áliva, según Moradiellos lo tiene ya dispuesto, no me parece oportuno decir hoy nada para no quitar á la excursión venatoria el placer de las sorpresas.

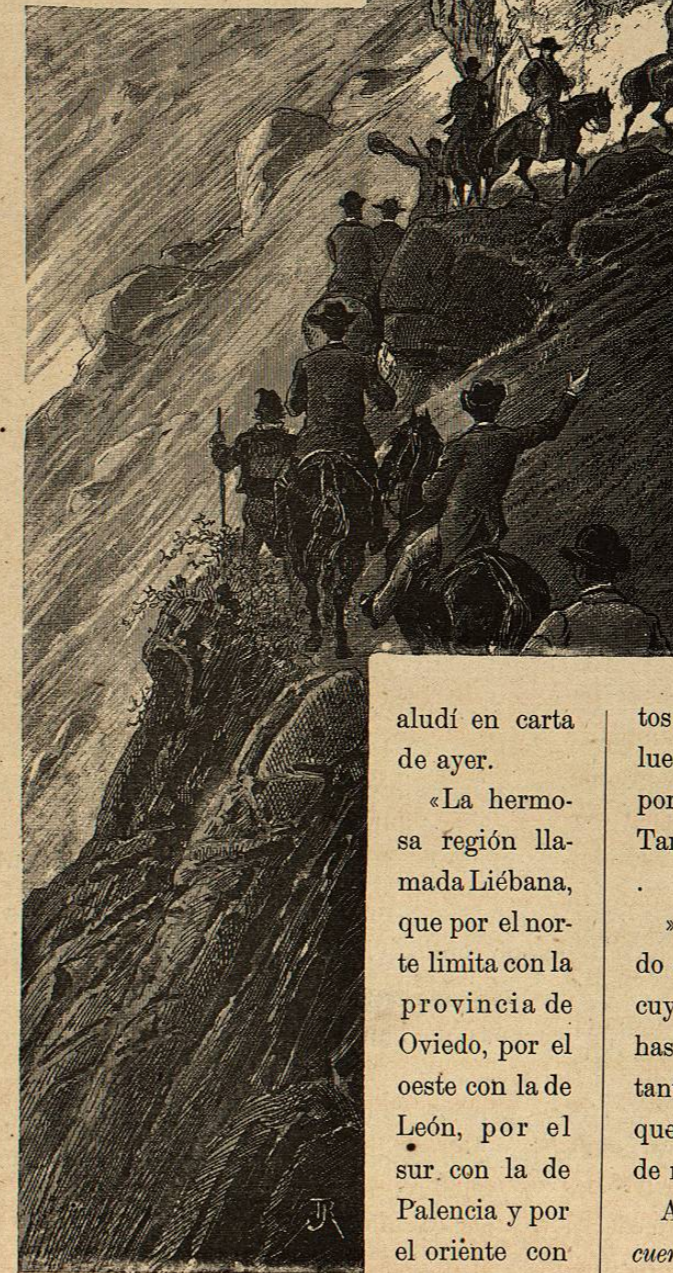
Pero se comprende bien, habidas en cuenta las singulares circunstancias de esta cordillera de indescribibles peñascos, donde las distancias se multiplican asombrosamente por lo áspero y penoso de las subidas, bajadas, rodeos, derrumbaderos, abismos y cortaduras de innumerables montañas, se comprende bien, repito, que el *plan de ojeo*, ideado por el experto y sagaz cazador Juan de Moradiellos, ha de proporcionar al Rey la satisfacción de una cacería muy notable,

aunque el número de rebezos no sea tan extraordinario como el práctico montañés calcula.

der, de la cual es parte, afecta la forma de un cráter inmenso, erizado de montañas en su fondo, por donde

ALTURAS DE ÁNDARA, 12 de agosto.

Prometí decir á V. algo de los preparativos que hay hechos para que S. M., terminadas que sean las cacerías de rebezos en estas alturas, cace también algún oso en los intrincados y antiguos bosques de Liébana, que, si no de tanta elevación como los picos de Europa, tienen muy considerable altura. Cumpló la palabra, dedicando al asunto algunos párrafos; pero, ante todo, permítame V. copiar breves líneas de mi recién publicado libro, á que



corren multitud de arroyos y ríos, y hallándose el perímetro de esta comarca, casi perfectamente circular, rodeado por cumbres elevadísimas de roca calcárea. La anchura de ese círculo tal vez no exceda en línea recta de la extensión de 15 kilómetros, ó sea tres leguas escasas; aunque por el suelo no puede calcularse que haya menos de 30 kilómetros, ó sea menos de seis leguas.

«Ciñen á esta comarca y forman parte de ella, por el norte los picos de Europa, cuya descripción creo ahora inoportuna; por el oeste los enormes riscos de Remoña ó Peña Vieja y Coriscao; por el sur los elevados puer-

tos de San Glorio, Pineda, Sierrasalbas y Piedrasluengas, donde se halla la altísima Peñalabra, y por el oriente las grandes cumbres de Peñasagra y de Taruey.

«El interior del país está, como ya dije antes, erizado de montañas, no tan elevadas como las que le circuyen, pero altísimas también y que están cultivadas hasta en su cima, ó pobladas de bosques. Estos son tantos y tan llenos de arbolado, que se puede calcular que entre todos tienen de 75 á 80 millones de árboles de multitud de especies.»

A los tres precedentes párrafos, tomados de mis *Recuerdos de Liébana*, debo añadir que, para regocijo y provecho de las personas aficionadas á cazar, se crían

aludí en carta de ayer.

«La hermosa región llamada Liébana, que por el norte limita con la provincia de Oviedo, por el oeste con la de León, por el sur con la de Palencia y por el oriente con la de Santan-

con abundancia, en este país, malvises, mirlos, palomas torcaces, gallisordas, jayos, perdices, faisanes y muchísimas otras chases de aves, entre las que no faltan águilas y otras de rapiña; y ya en los bosques, ya en las peñas de las grandes alturas, los rebezos, venados, corzos, tejones, gatos monteses, raposos, lobos, jabalíes, osos, y otros muchos cuadrúpedos salvajes, existen en tanto número, que parece están diciendo á las gentes del país: —¡Cazadnos!

No es, á pesar de todo, fácil empresa la cacería de algunos de esos animales, y la del oso no carece de obstáculos y peligros. Habitando el oso generalmente en los más enmarañados bosques, de donde suele salir á comer la miel de las colmenas, ó el maíz, el trigo y las uvas de las montañas cultivadas, si no prefiere, como desde hace algunos años se ha notado, echarla de animal carnívoro y probar la carne de alguna cabra, oveja, ó vaca, cuesta gran trabajo hallarle en sus escondrijos, y si se le encuentra y se le hiere no más, se necesita muy sereno ánimo para resistir su acometida feroz y librarse de sus uñas, que son bastante terribles, según creo, pues abren en canal á un hombre en menos que canta un gallo. Para ejemplo, recordaré que en octubre de 1880 una osa, que luego de muerta pesó más de 400 libras, y cuya grasa tuvo el peso de cerca de dos arrobas, yendo herida, y después de zarrandear de lo lindo á una mujer, cogiéndola por las sayas cuando estaba trabajando en un sembrado de patatas, se dirigió á un mozalvete que estaba vareando el fruto de unos avellanos, le dió un par de golpes con las garras, y le abrió así el pecho y el vientre en un segundo, dejándole muerto en el acto.

Verdaderamente, para quien sabe esas costumbres de la fiera, y para quien no las sabe, no es muy simpático el aspecto del oso cuando el terrible animal se presenta á pocos pasos en el bosque. Pero esos mismos peligros han puesto en el ánimo del Rey el deseo de afrontarlos y vencerlos; y para proporcionar al joven Monarca esa satisfacción, está dispuesta una cacería de osos en los bosques lebaniegos. Entre los muchos puntos de Liébana que para la arriesgada, pero á la vez alegre cacería, se han podido elegir, el mejor, á no dudarlo, por ser abundante siempre en esa especie de fieras, es el bosque llamado *de Bedoya*, por pertenecer á unos pueblecitos que antiguamente formaban un concejo de aquel nombre.

En Potes, villa central y capital del juzgado de Liébana, viven dos estimados amigos míos: D. Eulogio Soberón y D. Manuel Cuevas. Jóvenes, activos, conocedores muy prácticos de la comarca, inteligentes, bien

relacionados con los más afamados cazadores del país, y aficionados ellos mismos á las excursiones venatorias, recibieron hace pocos días, del ingeniero Sr. de Arce, Director facultativo de las minas de Ándara, el amistoso encargo de buscar algún oso en los bosques y hacer los necesarios preparativos para el conveniente ojeo. En seguida, los dos encargados, montando á caballo y recorriendo las aldeas, pusieron de acuerdo con los más expertos cazadores, y dieron al Sr. de Arce la noticia de que en el antes mencionado bosque de Bedoya han sido vistos una osa y un *oseto*, ú oso de cría.

Vigilando para que las dos fieras, de índole nada sedentaria, no marchen por la espesura sombría de aquel sitio á otro bosque, donde no pueda saberse que están, los Sres. Soberón y Cuevas tienen, además, organizadas las cosas de tan buena manera, que probablemente, para cuando S. M. el Rey vaya á cazar en los montes de Bedoya, se habrá conseguido hacer que acudan á dicho bosque algunos osos más, de la parte de Buyezo y otras aldeas limítrofes. Mas de no conseguir eso, la osa y el oseto, si permanecen una semana más en sus escondrijos de Bedoya, bastarán para que nuestro animoso Monarca tenga el placer de cazar una de las más terribles fieras, después de haber cazado en las elevaciones de los picos de Europa los rebezos.

Cuando tal suceda, bien sé que los lebaniegos celebrarán el éxito de la cacería más, mucho más, de lo que suelen cuando ellos, modestos aldeanos de un rincón de España, son los cazadores. La regia cacería de osos tendrá lugar el día 20 ó el 21, según fundados cálculos.

Mientras tanto, y después de hacer constar aquí mi enhorabuena á los Sres. Soberón y Cuevas por su inteligente actividad en secundar los propósitos del ingeniero Sr. de Arce para que el bondadoso D. Alfonso XII encuentre en estas pobres montañas lo único que los moradores de ellas pueden ofrecerle: respetuoso amor, leal adhesión y deseo vehemente de hacerle agradable el viaje á estas regiones; bueno es decir á V. que las alturas de los picos de Europa se van animando con los viajeros que acuden á visitarlas antes de que S. M. llegue con su comitiva. Además de otras personas que han venido á estas montañas en días anteriores, ayer pasaron por aquí dos hijos del señor Conde de Moriana y otros dos muy apreciables montañeses de la parte de Igüña, Sres. Bustamante y Torre Vildósola, todos los cuales han recorrido Liébana y toda la cordillera de los Picos, hallando en su instructiva excursión mucho y muy sano recreo. La moda de

visitar países extranjeros, desdefiando y desconociendo lo que en España hay de notable, va dejándose en desuso por las personas instruidas y amantes de la patria; y los que amamos lealmente á los pueblos lebaniegos nos regocijamos de que los habitantes de otros países vengan á visitar este.

También de la parte de Cervera de Pisuerga y de las minas de Barruelo, en la provincia de Palencia, pasaron por estos Picos algunos visitantes, no muchos días há.

ALTURAS DE ÁNDARA, 16 de agosto.

¡Viva! ¡Viva! Hoy no se puede resistir el impulso del alma que hace mover los labios para exclamaciones jubilosas. Hoy todo es aquí delicia. Las nieblas frías y espesas que antes de ayer, y ayer más, nos mortificaban en estos enormes riscos, desaparecieron por completo anoche: hoy, á la hora de amanecer, cielo espléndido y purísimo brilló sobre estas montañas, y el Sol vino luego á revestirlas con su luz hermosa para que el Rey, al llegar á ellas, encuentre el gozo de la Naturaleza en los picos, unido al gozo de los corazones montañeses.

Porque la alegría es mucha, extraordinaria, como nunca se vió aquí. Los mineros, que otros días no es fácil ver en número de más de diez, y esos dedicados á su ocupación, aislados en muy apartado sitio unos de otros, están hoy, que no trabajan en las minas, reunidos en grandes y animados grupos desde las seis de la mañana. Vestidos todos con el pintoresco traje por cada uno reservado para las principales fiestas; pululando por las cañadas y las cumbres; aquí cantando, allí haciendo resonar entre los riscos el característico *wujé*, llamado *relincho* en las aldeas; por acá levantando un arco; por allá poniendo bien las mechas á los barrenos; colocando sobre cada mina una bandera, en virtud de lo cual las inconcebiblemente accidentadas peñas, por cualquier lado que uno mire, parecen sonreír y animarse con los preciosos colores nacionales; en tan delicioso movimiento, los trabajadores mineros no están solos, pues les acompañan muchos aldeanos y aldeanas, que por los caminos, sendas y atajos de estas cumbres empezaron á llegar, cantando alegremente desde muy tempranito.

La temperatura, inmejorable aquí, pues á las diez de la mañana marcaba ya el termómetro Centígrado 18 grados, que son 15 de Reaumur; y á las tres de la tarde señalaban el Centígrado 21 y el Reaumur 15'5.

Tomo III.—Caza mayor y menor



Subida á pie á los Picos